

IVENGA A NOSOTROS TU REINO!  
ANÁLISIS TEOLOGICO

---

JOSE FERNANDEZ OLMO, S.J.\*

PUNTO DE PARTIDA

Los últimos 30 años han estado caracterizados por cambios rápidos e inequívocos en muchos aspectos de la vida de nuestro país. Tal vez lo más llamativo de todos estos cambios no sea ni su rapidez ni su apariencia, sino su profundidad. La emigración, la migración interna, el pluralismo político, el desarrollo del capitalismo dependiente, la invasión tecnológica y la intoxicación del mundo cultural, son datos ambivalentes, efectos y causas, de ese cambio profundo que está ocurriendo y afectando a nuestro pueblo, en su modo de vivir y de pensar.

Siendo esto así, han aparecido entre nosotros inquietudes y preguntas cargadas de urgencia y de existencia. Lo obvio, lo que hasta ahora parecía claro y aceptado por todos, ha sido puesto en duda o al menos bajo sospecha. Una y otra vez, en periódicos y revistas, en reuniones y discursos, en canciones y otras expresiones artísticas han surgido preguntas y sugerencias que apuntan a la clarificación y afirmación de la identidad de nosotros como pueblo, nuestra cultura, nuestro modo de ser, nuestro proyecto como país y, aunque a veces no del todo explícitamente, la misma razón de ser que da consistencia a todo este faenar. Tal vez este fenómeno ocurra más en la ciudad que en los campos, más entre los jóvenes que entre las personas mayores, más entre las clases populares que entre la ascendente clase media —y por supuesto la alta—, que todos sabemos tienden a vivir modelos universales en gustos, estilos de vida y manera de sentir. Pero, dado que nuestras clases populares ocupan numéricamente un buen 70% de la población, creo que con todo derecho podremos decir que éste es un fenómeno nacional. Dentro de este fenómeno no ha escapado a sus preguntas y embates el aspecto religioso y para ser más preciso el significado y relevancia de la fe, de Dios y de la Iglesia.

El monopolio, casi exclusivo, que de la fe, ha tenido la Iglesia en el país a lo largo de siglos, ha venido a debilitarse y diluirse en esta nueva sociedad moderna, pluralista, en vías de secularización y abierta a ideas, ideologías y corrientes de

pensamiento ajenas, cuando no contrarias, a la cristiandad. Si exceptuamos la llegada al país del Positivismo Hostosiano a fines del siglo pasado, la cristiandad, con su cosmovisión y su interpretación de la vida y de las cosas, ejerció una influencia decisiva e incuestionada hasta bien entrados los años cincuenta. Pero este cuestionamiento, —patente a partir de los años sesenta—, no ha roto, ni mucho menos, la hegemonía a la fe y a la Iglesia en la vida de nuestro pueblo. Sí ha variado notablemente el tratamiento que este tema ha merecido en las décadas anteriores. Y lo que antes era un cristianismo que impregnaba la vida toda —pública y privada—, hoy este cristianismo resiente la competencia y la intrusión de otras visiones y motivaciones que manifiestan fuerza convocatoria y reúnen clientela. Si bien es cierto que todavía, al menos en ciertas zonas, hay masas de gente llenando iglesias y capillas, no es menos cierto que en los últimos tiempos, y por motivos muy diversos, los cristianos cumplidores, comprometidos y confesos son grupos y comunidades minoritarias en sus ambientes.

Si nos ceñimos a los cristianos católicos, descubrimos, al interior de la misma Iglesia, la floración —espontánea o inducida— de grupos, casi sectas, con las más diversas interpretaciones de la fe y de la palabra de Dios. Cada grupo parece dialogar con un dios distinto, oír una palabra distinta, seguir un programa ético diferente.

Si a esto se añade la invasión y proliferación de sectas protestantes, sobre todo en medios populares, con sus prédicas fundamentalistas y sus cultos catárticos, el panorama de cambio y confusión en el campo religioso se acrecienta.

No es mi intención analizar ni presentar hipótesis explicativas de estos hechos, sino, más bien, partiendo de ahí, retomar una inquietud, latente en muchos, expresa en no pocos, sobre el Dios de nuestra fe, su presencia o ausencia en la vida de nuestro pueblo, su palabra y sus silencios, sus demandas y nuestras respuestas.

A algunos, estos cuestionamientos en el ámbito religioso y este confuisionismo, les han conducido a pensar que Dios es irrelevante, cuando no pernicioso para la marcha liberadora de nuestro pueblo; a otros les han fanatizado en su creencia en Dios, cerrándose sobre su modo tradicional de ver las cosas; a otros les han dejado sin palabra dignamente válida ante los acuciantes problemas de nuestro pueblo y han optado por una fe modernizada en apariencias y una religión individual y extraterrestre y, por fin, otros tratan de abrirse camino afirmando la presencia de Dios en la vida del pueblo y en su historia llena de avatares y sobresaltos al mismo tiempo que de alegrías y esperanzas.

Así, la fe, que hasta hace poco era símbolo y baluarte de la unidad de nuestro pueblo y que autorizaba a algunos a referirse al "católico pueblo dominicano" siente ahora la necesidad de clarificarse y así poder afirmarse como algo válido y positivo.

Pero ¿cómo afirmar la fe en Dios en esta historia nuestra, escenario de avances y retrocesos, gozos y sufrimientos, acogidas fraternales y tiros represivos? ¿De qué Dios hablamos? ¿Qué puede decir nuestra fe sobre la situación que vive nuestro pueblo? ¿Dios tendrá algo que decir sobre el FMI y sus cruentas imposiciones? Y si tiene algo que decir ¿dónde y cómo lo hace saber? ; y si lo hace saber ¿por qué no se le entiende? Estas y otras preguntas están en la mente, oración y preocupaciones de muchos cristianos.

Sería pretencioso de mi parte querer dar respuesta perfecta y acabada a estos y otros interrogantes. El objetivo de este artículo es más modesto. Intentaría ofrecer y compartir algunas pistas de reflexión y análisis a quienes sincera y humildemente están a la escucha de la Palabra que Dios hoy pronuncia en la historia humana y concretamente de nuestra geografía. Así primero trataremos de precisar de qué Dios hablamos y qué Dios nos habla, para más tarde ubicar dónde y cómo nos habla Dios. Esto nos llevará a intentar decir algo sobre el Dios de nuestra historia, su presencia y sus urgencias. Terminaremos con cuatro reflexiones complementarias. Todo ello es una ayuda, así espero, para aumentar la fe en el Dios verdadero.

### ¿De qué Dios hablamos? ¿Qué Dios nos habla?

Uno de los puntos claves para empezar con buen pie nuestra reflexión es avanzar un poco en la explicación de los términos o palabras que estamos usando y su contenido. Creo que parecerá una herejía si digo que los cristianos no creemos en el mismo Dios. Y entonces, ¿cuál es el verdadero? Por eso, pienso que será bueno que hagamos un esfuerzo por precisar a qué Dios nos referimos.

Nos dice el autor de la carta a los Hebreos: "En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por un Hijo. . ." (Heb. 1, 1-2).

Si comprendemos bien el texto, tenemos que decir que Dios ha venido revelándose por años y que la última revelación y palabra definitiva sobre sí mismo la pronunció en Jesús. Por lo tanto queremos hablar de ese Dios de Jesús y que Jesús nos revela. El Dios de Jesús, que desde antiguo viene hablando al hombre de muchas maneras siempre ha sido fiel a sí mismo. Nunca habló contradicciones ni incoherencias. ¿Cómo se ha presentado a sí mismo ante el hombre o cómo le ha percibido el hombre a lo largo de siglos? Hablar de Dios resulta un atrevimiento humano, porque de El sólo podemos decir analogías. A pesar de ello, ¿qué analogías ha creído el hombre imperiosamente necesario resaltar, si ha querido identificar a Dios de algún modo en nuestra historia y oír su palabra?



Desde la primera página de la Biblia asistimos al llamamiento a la vida. Porque la creación, como acto y como proceso, más que una obra reveladora del poder de Dios, es la prueba manifiesta de su amor que produce VIDA, convoca a VIVIR y a SER. Esa convocación que lleva a cabo el Espíritu de Dios traspasa la historia del mundo resonando en todo momento como invitación y crítica. Por eso, se alegra con la ofrenda de Abel y entra en conflicto con todos los "cañes" que se atreven a poner la mano amenazadora cerrando el paso al caudal de vida que brota incansable e inagotable. Todo intento de manipular la vida o buscar caminos autónomos o divergentes conducirá a la muerte. "La creación es, sobre todo, la afirmación fundamental sobre lo real. Lo real es vida y se mantiene como real, en cuanto se mantiene como vida" [Jon Sobrino, sj., "Espiritualidad de Jesús y de Liberación". *Christus* 529-530, (Dic. 1970 – En. 1980) 60]. Si bien, al principio, Dios aparece como generador y protector de la vida, rápidamente comienza a cualificar la vida misma. No cualquier clase de vida habla bien de su origen, como no cualquier agua habla bien del manantial limpio y claro que brota en las montañas. Y por eso, Dios llenará la boca de los profetas que le anuncian de palabras ardientes que arrostran a los enturbiadores de la corriente de vida, su crimen y manipulación, desconociéndole a El. Dios protege al que no lo dejan SER ni VIVIR, al que es sometido a vidas inhumanas.

Jesús, palabra reveladora de Dios, nos vuelve a recordar y explicar su verdad. Siendo Palabra de Dios (Jn. 1:1), ella contenía la vida (Jn. 1:4), y ha venido (de parte de Dios) para que tengan vida y ella sea abundante (Jn. 10:10). A tanto llega el afán de Dios por la vida que Jesús, su revelación plena, no duda en aportar hasta su propia vida por la vida en plenitud de la humanidad. Y así nos hace comprender que "quien guarda su vida para sí la perderá, pero el que la entrega por los demás la ganará para siempre." (Mt. 16:25 y paral. Mc. 8:35; Lc. 9:24).

Este empeño de parte de Dios en revelarse como el Dios de la vida nos avisa y previene sobre posibles falsos dioses que nos podemos o nos pueden imponer y que como ídolos exigen sacrificios de vidas que resultan estériles e infecundas.

### Dios Solidario

La fe verdadera supone el reconocimiento del Dios de la vida, el entrar en diálogo con El y no intentar manipularlo, porque cualquier manipulación de la vida es asesinato. Pero esto no significa que hay que dejar a Dios tranquilo y solitario, como esas imágenes gordotas y cachetudas de Budas sedentes, a quienes no parecen perturbar mucho los quehaceres y afanes humanos.

AGN

El Dios de Jesús es SOLIDARIO con el hombre, hace alianza con él hasta tal extremo que deposita y confía la realización de su proyecto sobre las manos humanas. Esta solidaridad es iniciativa y corazonada de Dios. Según una de las tradiciones bíblicas —la escuela sacerdotal— esta promesa o pacto de Dios en el A.T. se lleva a cabo por etapas e involucra en ella la naturaleza, el hombre y la historia espacio-temporal. Primero revela la alianza con Noé, de alcance universal, cuyo signo es cósmico, el arco iris (Gén. 9:1-17). En segundo lugar, realiza la alianza con Abraham, limitada por la elección, cuyo signo se refiere a la fecundidad; la circuncisión (Gén. 17). La tercera es con Moisés y el pueblo, dándole un carácter institucional, y su signo es el sábado. Pero todos estos signos van a ser superados y anulados por la solidaridad total y definitiva manifestada en Jesús. Dios sella la solidaridad con el hombre en Jesús haciéndose uno de nosotros. Este gesto solidario ha hecho de cada persona signo de la presencia o ausencia de Dios. Y por eso, los grandes hombres del Espíritu —caracterizados por su impaciente preocupación por descubrir a Dios— han podido afirmar: "*Gloria Dei, vivens homo*". La gloria de Dios es que el hombre viva. Y la idolatría matar al hombre.

### Dios liberador

El Dios de quien venimos hablando es generoso en la donación de la vida y más generoso en la solidaridad que demuestra. Una experiencia concomitante nos manifiesta que habiendo sido capaz de confiar su proyecto de vida en las manos libres y débiles del hombre, no le sufrió su pasión por la vida dejarla presa en la maraña de trampas y cárceles, en opresiones y esclavitudes que el mismo hombre inventaría. Por eso, El oiría los gritos que surgirían de la sangre de todos los Abel y todos los esclavos de Egipto y todos los exiliados de Babilonia. La tierra se llenará de gritos y de sangre y Dios despertará profetas y liberadores que recuerden el derecho a la vida y la solidaridad de Dios con el débil y el pobre. Dios es liberador en el doble aspecto: limpiará, chapeará, erradicará el pecado, la idolatría y plantará, mojará y cultivará la vida.

De este Dios queremos hablar y El es el que nos dirige su palabra: portadora de vida, generadora de solidaridad y exigente de liberación.

### ¿Dónde y cómo habla Dios?

El autor del libro del Génesis nos presenta a un Dios que sale a pasear en la tarde (Gén. 3:8) y que contempla, admira, examina y cuestiona la presencia y actividad humana en el paraíso. El hombre oye los pasos en el recinto que le ha sido confiado e interpreta esa presencia de Dios en el resonar de su andar (Gén. 3:10). Esa es la imagen.

Nuestro Dios pasea entre nosotros. Bien lo sabemos. La historia —hoy como ayer— es el lugar ineludible donde Dios habla y establece el diálogo con el hombre. En el recinto de la historia se juega la validez y realización del proyecto de Dios y la fidelidad de nuestra fe y confianza en él. Esto no es una nueva ideología retórica, ni una teología de moda. El Vaticano II dice:

*"El pueblo de Dios, movido por la fe que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios" (G. et S. 11).*

Los acontecimientos, que nos conciernen, adquieren desde esta perspectiva de fe, una dimensión sacramental. En ellos viene envuelta la palabra de Dios para nosotros. Esa palabra ha venido y sigue viniendo en forma de retos y demandas históricas que Dios nos plantea. ¿Cuáles son esos retos hoy?

**Oír a Dios es un don y un riesgo**

"¿Por qué no entienden mi lenguaje? Porque no son capaces de escuchar ese mensaje mío" (Jn. 8:43).

Oír a Dios siempre fue un don y hoy lo sigue siendo, y escuchar su palabra será siempre un riesgo. Un don, porque muchos "oyendo no entendieron, mirando no vieron. . ." (Is. 6: 9-10). Un riesgo, porque el ruido de sus pasos y su palabra siempre pregunta por el respeto a la propia dignidad "¿quién te ha dicho que estabas desnudo?" (Gén. 3:11) y examina la responsabilidad frente a la vida ajena "¿dónde está Abel, tu hermano?" (Gén. 4:9).

Pero ¿cómo evitar la evasión, como respuesta o una percepción equivocada? ¿Cómo evitar escucharnos a nosotros mismos, el eco de nuestros propios deseos, la resonancia de nuestros intereses incluso bastardos, en lugar de percibir los desafíos, preguntas y responsabilidades que plantea la presencia de Dios? ¡Se han hecho y se hacen tantas interpretaciones de la historia en nombre de la palabra de Dios! En el pasado, leyendo en fe acontecimientos y situaciones, cristianos organizaron cruzadas, mataron herejes, bendijeron dictaduras, legitimaron sacramentalmente situaciones de irritante privilegio. Hoy celebramos a Montesinos y Vitoria, pero en su tiempo fueron rechazados, exilados, acallados y desposeídos de su cátedra. . . por su lectura disonante de la historia.

Ante estos hechos, no podemos menos de sentirnos débiles y buscar las condiciones mejores que posibiliten una percepción auténtica y un discernimiento humilde del Dios actuante en la historia. La palabra de Dios —la historia— necesita y exige ciertas condiciones acústicas mínimas para ser distinguida y gustada, aceptada y celebrada. Dos condiciones complementarias señalaría: El discernimiento exige:



- El ambiente correcto psicológico espiritual en la persona o la comunidad,
- El lugar correcto ecológico-social.

La primera condición apunta hacia la necesaria actitud que nos capacita para perforar las enormes capas oscurecedoras u opacas que impiden el acceso cristiano a la realidad nuestra de cada día. Limpiar la vista y aguzar el oído para que no caigamos en lo que dice Isafas.

La segunda condición presupone la generosidad anterior y puntualiza que el lugar social-humano adecuado para oír en estereofónico los complejos acordes en que viene la palabra de Dios es el oído, el ojo y el corazón del pobre. "Bendito seas Padre, porque estas cosas se las has escondido a sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. . ." (Mt. 11: 25-26). Siendo esto así, ¿quién se atreverá a arriesgar una lectura o interpretación pública y creyente de la historia? Porque aceptar estas condiciones —y ¿quién las acepta?— es arriesgar nuestra vida y nuestras seguridades, y eso nos hace temblar. Ni Isafas, ni Jeremías, ni Oseas, ni Jonás. . . se engañaban y de ahí su reluctancia a escuchar y predicar la palabra de Dios. Pero el miedo, la tranquilidad y seguridad humanas son superadas y rotas por la valentía y serenidad que da el Espíritu de Pentecostés que es don de Dios. Y ese don de Dios ocurre cuando se está reunidos en oración (Hech. 2). Y ese don de Dios conducirá a anunciar la crucifixión y muerte del justo a manos de los poderosos, y su resurrección por el Dios de la vida, divulgando entre el pueblo su salvación. "Nosotros no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído" (Hech. 3:20).

### Y después de esto ¿qué decir del Dios de nuestra historia?

Después de tantas generalidades ¿nos pasará como a los oidores de Jesús? "¿Cómo es que no saben interpretar el momento presente?" (Lc. 12:56).

Desde la vivencia en Guachupita y La Ciénaga, en Santo Domingo, 1984, me atreveré a señalar algunos retos y demandas históricas que Dios nos plantea.

- 1.— Como cristianos y como Iglesia, ojalá que sepamos oír a los pobres de nuestro pueblo leer el libro de su vida como lo hizo Ana Celia Linares (Cija) en el programa televisado "Reflexiones" del día Domingo de Ramos pasado. Ella es buena representante de nuestra gente: campesina de la loma, mujer de "colón" y de tierra, madre que ha sabido lo que es perder los hijos por falta de médicos y de medicinas, moradora de ciudad obligada, trabajadora de casas de familia, vendedora de café y "yanikekes" en la esquina, inventora de mil modos de ganarse la vida. . . Ana Celia, síntesis de esperanzas viejas y de hambres antiguas, nos habló con palabras de peso sobre el Dios de nosotros y el Cristo que vive en la gente:

- En los que no tienen trabajo, aunque lo buscan afanosamente, ejército que aumenta cada día gracias a las condiciones impuestas por el FMI y aceptadas para cargar sobre las espaldas anchas del que por siglos viene cargando.
- En los niños que a duras penas sobreviven llenando de sobresaltos a sus mamás, alimentados con agua de azúcar, en un "correcorre" continuo del hospital Angelita al 20-30, cargados de parásitos a pesar de la campaña de vacunación y condenados a ser limpiabotas, vendedores de periódicos, incansables y ágiles limpiavidrios o pregoneros ambulantes de cualquier dulcito o maní caseros, asistentes fallidos a escuelas en ruinas y candidatos a deambular calles y callejones entre pleitos, juegos y desconfianza.
- En jóvenes cuyo afán es que no llegue la mañana para no acumular frustración y malicia. No han conseguido el primer trabajo. Viven siempre "arrancados" y forman "pandillas de tigres" (?) que la "buena sociedad" condena y trata de que ese cáncer no haga metástasis por una terapia muy conocida y temida en los barrios.
- En chiriperos malalimentados, cargados con las cosas más inverosímiles, desde juguetes plásticos feos y desteñidos, hasta "tiritas" de trapo para los moños de todas las niñas del país y peines, y pinchos y rolos y rasquetas. . .

Ellos son el grito del Dios de la vida que Ana Celia sabe interpretar porque lo ha sufrido y lo ha contemplado con espíritu y corazón de pobre. También ella veía signos de esperanza en los afanes por organizarse, por despertar la conciencia y quitar las vendas de los ojos a quienes las telenovelas, las rifas de aguante, "El Calientísimo", Michael Jackson, las drogas, los gallos, la Lotería, las compraventas, el prestamista del callejón y los caballos van desangrando y desorientando. Pero una organización del pueblo ¡cuánta brega da! Sin embargo, ahí está Dios solidario y que genera solidaridad. ¡Qué pocos creen en ese Dios! Y los de arriba, como poseen el PODER, el TENER y el SABER o se creen dioses o creen poder manipular al Dios solidario amansando al pueblo. Hasta que, un día, el pueblo cansado del hambre, del FMI y del silencio sintió el estremecimiento de la dignidad que Dios puso en él y decidió celebrar su Pascua "a su modo", como las 12 horas de la última semana de abril. Y el Dios que habló en la solidaridad hizo temblar a los que SABEN, a los que PUEDEN y a los que TIENEN.

2.- Ojalá que sepamos ver los pies de lodo del ídolo del dólar que tanto se adora y que está beneficiando a tan pocos. Y esos beneficiarios llevan el



fruto de sus especulaciones —legales o ilegales— a bancos extranjeros, a escondidas y sigilosamente como quien no hace las cosas correctamente.

- 3.— Ojalá que descubramos el proyecto latente en el corazón de nuestro pueblo por siglos, porque descubriremos que, a pesar de los vicios, corrupciones y engaños, tiene mucho del proyecto de Dios y nos dará identidad nacional, cultura de todos y mística de trabajo probando que es verdad que el "Reino está cerca" y que se está construyendo "un cielo nuevo y una tierra nueva" con estos blocks y estos cementos en nombre del Dios liberador.

Y después de todo. . .

1.— Una afirmación de fe: Dios está en nuestra historia; la llena de vida en nuestros niños y jóvenes; la clarifica en la conciencia de nuestra dignidad que despierta y en la solidaridad que crece y se organiza; y la transforma en nuestras luchas. Porque, aunque la estructura y organización humana vicia y lleva a un vaciamiento y adelgazamiento constantes de la vida entre nosotros, experimentamos el despertar de las conciencias que no se dejan morir sin dignidad ni respeto en el olvido. Y si los campesinos siguen llegando a la ciudad, porque en el campo no hay sitio para ellos, siempre habrá un hoyo en nuestros barrios donde se comparta en escasez el techo y el arroz. Y si nuestros jóvenes, sin trabajo y horizonte, se arriesgan "embodegándose" en el vientre oscuro de los barcos para "nacer" a una nueva vida en Nueva York, Miami, Puerto Rico, Venezuela o donde sea, siempre habrá en el corazón del "chiquito" capacidad de apostar y arriesgar, a pesar de cárceles, deportaciones y "Regina Express".

La precariedad de la vida entre nosotros, los intentos de manipulación nos harán descubrir y añorar el proyecto de Dios, donde la vida no se da por tickets, ni los trabajos por cartas, ni la comida por carnets.

Porque cuando se quiere aprisionar la verdad de la vida y decidir de antemano sobre ella, la misma vida explota y hace su Pascua. "El Reino de Dios se acerca" y se hace historia en pequeñas realizaciones.

2.— Una consecuencia de esperanza: "Toda confesión de la presencia de Dios en la historia que no se traduzca en tarea comprometida al servicio de la vida es idolátrica. Cada vez más, uno percibe que la historia se compone de lucha de dioses contra el Dios de la vida. Se levantan ídolos, expectativas, no respetando la espesura y consistencia real de las cosas: el deporte, la política, el estudio (más concretamente, un título)... poniendo en ellos esperanzas liberadoras absolutas, que es como decir la vida verdadera. En el entretanto, aprenderemos a esperar con los que siempre han esperado, pero no mano sobre

mano, sino mano con mano tratando de dar en la práctica "razón de nuestra esperanza" (I Pe. 3:15). Compartiremos alegrías y triunfos siempre parciales y afirmaremos la fe que "vence al mundo".

### 3.— Una realidad: Hacer de la vida un signo

La valoración de los hechos históricos, siempre concretos y limitados en el tiempo y en el espacio, como portadores de la Palabra de Dios, es afirmar la capacidad continua de encarnación, muerte y resurrección que se hace realidad y praxis, convirtiendo la vida toda en signo sacramental.

El seguidor de Jesús, adorador histórico del Dios de la vida, acepta su propia limitación, pero no cae en la tentación de pensar que su quehacer y compromiso no tiene nada que ver con el designio de Dios y con su presencia amorosa y atrayente. Quien arriesga su vida por lo que cree, sabe dar razón de lo que espera. Hace de su vida un sacramento, porque celebra la encarnación en la opción decidida por el débil y por el pobre; celebra la pasión en una solidaridad inserta e inculturada día a día en el *pathos* del pueblo destruido y paciente y anuncia la resurrección en la liberación y serenidad evangélica que asume sacrificios y amenazas reales de martirios de vida o fama.

### 4.— El Dios de Jesús siempre es mayor

Todo nuestro oír e interpretar la historia, por mucha racionalidad, tecnicidad y metodología que lleve, nos podrá hacer afirmar —y ojalá lo logre— a Dios que pasa y oímos el eco de sus pasos y a lo mejor nos atrevemos a decir, con la naturalidad chocante que lo hace el autor del Exodo, que percibimos su espalda (Ex. 33:23). Pero nuestra palabra humana, parcial y limitada no puede, adecuadamente, expresar la voluntad de Dios. Nuestro Dios, que intentamos sea el de Jesús, siempre es mayor, distinto, sorpresivo e inédito. Ojalá que nos lleve siempre a hacer de las Bienaventuranzas una oración y acabemos por confesar a Dios y verlo con mayor claridad (Mt. 5: 3-10).

*¡Venga a nosotros tu Reino!*

\* Pepe terminó de escribir este artículo en Ciudad de México el 12 de mayo de 1984. Y el 13 de junio murió arrollado por una patana, junto al P. Enrique Gutiérrez Martín del Campo, sj. —el Pajarito—, mientras se dirigían a hacer ejercicios espirituales. La carta que envió adjunto al artículo decía:

*"Ton, aquí te envío una fotocopia del manuscrito del artículo para Estudios Sociales. No he podido copiarlo a máquina, pero creo que puedas entender mi letra y mis diagramaciones.*

*No he podido confrontar las ideas y la forma con nadie, por lo que te pido que seas un buen corrector. Cualquier cosa que haya que quitar, cambiar, mejorar no dudes en hacerlo.*

*He pasado mis crisis escribiendo esos papeles. A veces he creído que no es el estilo de Estudios Sociales, a veces me parece que es conveniente escribir así para iniciar algo. . . Tú mira bien, porque hay algunas formulaciones que pueden parecer duras o sonar fuertes. En todo caso si eso no es lo que pretendías, no lo publiques, ni hagas un acto de benevolencia. Simplemente, retíralo y me lo guardas para la vuelta. Pero no lo botes, porque me ha costado formular ciertas cosas y me parece útil.*

*Mi vida aquí sigue tranquila. Gracias a Dios que terminé el artículo. Ahora respiro con más libertad.*

*Mañana veré al Pajarito. No he salido nada de casa."*